El futuro al encuentro

Chema García Aguilar

El futuro al encuentro

Chema García Aguilar

Avant
editorial

Primera edición, noviembre de 2025
© Chema García Aguilar, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-34-0
THEMA: FBA - FV
DEPÓSITO LEGAL: M-23624-2025

A mis padres, Ana y Manuel

A Carmina

El origen

El 20 de noviembre de 1975 murió el general y dictador Francisco Franco Bahamonde a la edad de ochenta y dos años. Tras casi cuatro décadas de aislamiento y endogamia política, social y cultural al amparo del Nacionalcatolicismo, una nueva etapa se abría en España, en lo que se ha denominado la Transición. Los pormenores de esta intensa y profunda transformación, analizados en cientos de libros y artículos, no son el objetivo de este relato.

Ese mismo día, un chico de trece años residente en un barrio del extrarradio de Granada comenzó su propia transición, cuyo devenir seguiría un trazado paralelo al de la sociedad española; un proceso ontogenético abreviado de la filogénesis nacional ocurrida durante esa etapa, limitada de modo más o menos objetivo entre finales de 1975 y comienzos de 1990. Poco más de catorce años en los cuales ese chico pasó de niño a adulto y la joven España democrática evolucionó bajo un proceso similar. En ese tiempo, una dictadura aislada y autárquica dio paso a un país integrado en Europa y en las modernas instituciones internacionales. Se pasó de ser el patio de recreo de Europa, al calor del turismo de sol y playa, los saraos flamencos y los bares a bajo coste, a ser una potencia económica, tecnológica e industrial. Pero, sobre todo, se pasó de una sociedad cuya mentalidad colectiva sufría una severa esclerosis cultural a otra en la que la creatividad no tuvo parangón en cualquier otro momento de nuestra historia. Tal y como sucede en el movimiento pendular, se pasó desde una afilada represión en los modos y hábitos cotidianos hasta un escenario en el que los únicos límites los dictaba la imaginación.

Por supuesto, esos cambios tan radicales y rápidos cogieron con el pie cambiado a buena parte de los españoles, cuyas costumbres navegaban desde hacía décadas sobre los patrones establecidos por la dictadura y, por tanto, carecían de la elasticidad necesaria para adaptarse a lo que estaba por llegar. Fue la juventud de la época la encargada de gobernar la nave que acababa de salir del astillero y que tenía frente a ella un extenso océano en el que fijar su rumbo. Con menos de quince años no se era consciente de la

dimensión histórica que tocó vivir. Fue algo tan sencillo como dejarse llevar por los sueños y deseos, sin que nadie dijese no a casi nada.

Aquello se tradujo en una auténtica revolución cultural. No había modelos previos ni manuales de uso acerca de cómo manejar aquella avalancha de cambios. Para casi todo se partía de cero. Fue necesario establecer poderosos mecanismos de adaptación para tomar las riendas de ese potro desbocado que salía del establo, tras una larga temporada de confinamiento. Para la mayoría, el camino que quedaba enfrente se convirtió en un desafío de autorrealización, al más puro estilo del tópico americano *self made man* —hombre hecho a sí mismo—. No obstante, se perdieron algunas cosas por el camino de esa Transición, tales como ciertas actitudes de respeto y cortesía; algunos hábitos de responsabilidad, compromiso y deber se diluían como un puñado de sal en agua en medio de aquella catarsis. Se ganó en delincuencia, en drogadicción y en vidas truncadas, que no supieron establecer límites en años donde apenas existían, pero pasaban factura.

En definitiva, este es el relato de cómo un chico normal vivió esos años mágicos, pletóricos y casi irreales. De cómo interactuó con esa nueva sociedad y de cómo pudo ganar la partida a los espejismos y cantos de sirena que brotaban de un manantial llamado libertad. Entender lo que pasó en esos años no es tarea fácil. Muchas de las vivencias y anécdotas que sucedieron pueden ser tachadas de absurdas, inmorales e incluso censurables a ojos actuales. La mente humana tiende a valorar e interpretar los sucesos del pasado bajo el prisma del presente.

De aquellos años no caben juicios a la luz de los patrones actuales. Era «otra historia» y las reglas distintas, aunque se pueda pensar que no. ¿Qué pasaría hoy si en pleno centro de una ciudad alguien circulase con un coche por cualquier calle y a cualquier hora sin cinturón de seguridad, sin la inspección técnica de vehículos y, además, aparcase en cualquier lugar? ¿O si mantuviese relaciones sexuales en el interior de un bar atestado de gente, sin horarios de cierre y donde todos fumaran sin cesar? En aquella España, esa persona hacía cosas habituales. La sociedad, las costumbres y hasta la ley lo permitían. Por tanto, el relato que se ofrece a continuación debe ser entendido con amplitud de mente. Era aquel un mundo en el que no había Internet, la manipulación informativa de la sociedad no era moneda corriente y las relaciones personales no partían de actitudes lisonjeras.

La juventud española que en aquel momento rondaba entre los diez y los quince años poco sabía acerca de los Principios del Movimiento o de la Guerra Civil, incluso cuando los familiares se encargaban de contar batallas ganadas o perdidas y las penurias existentes en la España de los años 40 y

50 del siglo pasado. La información sobre el particular se limitaba a textos sesgados por las doctrinas políticas de uno u otro bando, o a las historias personales contadas al calor de una mesa de camilla, más parecidas a cuentos novelescos que a experiencias personales —la mayoría dramáticas— que marcaron la vida y el destino de un país. En el interior de aquellas mentes juveniles ese discurso no era determinante. El torrente de hormonas que los inundaba hacía que estuviesen más pendientes de otros asuntos; en el caso de Jose, nuestro protagonista, de la chica sentada detrás en clase o de aquel empleado en el taller de la esquina que, con diecisiete años recién cumplidos, adquirió una Derbi de cuarenta y nueve centímetros cúbicos. Todos eran conscientes de que esa moto le reportaría bastantes opciones de ligar con su vecina del segundo, que se acababa de comprar una minifalda al salir de la peluquería tras teñirse el pelo de rubio platino.

La Chana

En 1975, la ciudad de Granada contaba con una población cercana a doscientos mil habitantes y un tejido socioeconómico propio de cualquier capital de provincias. Dominaba la clase media-baja, compuesta por asalariados en pequeños negocios, empleados públicos de bajo nivel académico y buscavidas que ganaban el sustento con la venta ambulante de productos o servicios. El sueldo mensual de estos trabajadores se situaba entre ocho y quince mil pesetas —entre cincuenta y noventa euros— y constituía el único ingreso para una familia compuesta en términos generales por cinco o seis personas, entre padres, hijos y algún abuelo. A partir de los catorce años, momento en el que finalizaba la educación obligatoria, muchos jóvenes comenzaban a trabajar como aprendices o peones, aportando un extra a la limitada economía familiar. Este grupo social habitaba de modo mayoritario en barrios perimetrales de Granada, como la Chana y el Zaidín.

Después estaban los estratos sociales altos, a gran distancia de la clase anterior y en minoría cuantitativa, que habitaban en grandes pisos o casas señoriales situadas en zonas nobles. Se trataba de familias de rancio abolengo y apellidos ilustres, propietarias de inmuebles y terrenos que les permitían vivir holgadamente. También pertenecían a esta élite social un grupo minoritario de profesionales con título universitario, cuyo acceso era muy difícil para los jóvenes de clases inferiores, cuando no imposible. En último lugar, se encontraba el estrato más bajo: los «pobres», familias con pocos recursos que habitaban en zonas marginales. Los niños de estas familias, de aspecto sucio y andrajoso, no solían asistir a la escuela, dedicándose a jugar todo el día en la calle y, en su juventud, al trapicheo.

La familia de Jose se hallaba en el estrato mayoritario de clase media-baja, residente en la Chana. Este barrio fue creado a modo de colonia durante los años 50 y 60 del siglo XX en el extremo noroeste de la ciudad, ocupando terrenos agrícolas. Al parecer, las primeras casas se construyeron alrededor de un cortijo llamado «La Chana», cuyo nombre deriva de la expresión árabe *Al-Yanna,* que significa algo así como «Jardín del Paraíso», en alusión a ese oasis vegetal que era entonces la zona. Con ese nombre se bautizó el barrio en el que Jose creció y vivió durante toda la Transición.

Su aislamiento geográfico, hasta casi el siglo XXI, era tal que existía una separación física con el resto de la ciudad en forma de cultivos y huertas pertenecientes a la Vega; un rico terreno regado por el río Genil, cuyas aguas provenientes de Sierra Nevada y su llanura aluvial forma uno de los suelos agrícolas más exuberantes de España, alabado por escritores y poetas como un vergel productor de las más ricas frutas y hortalizas. Este cinturón de vega que separaba el centro de Granada de la Chana confería al barrio un cierto aire pueblerino. Tal era el efecto que, cuando se tomaba el autobús urbano para ir al centro, se decía: «voy a Graná».

En todo caso, vivir con el campo a pocos metros de casa ofrecía grandes ventajas. Constituía un estimulante universo de posibilidades de cara a explorar rincones y apreciar fenómenos naturales a ojos de una inquieta mente juvenil. No eran pocos los momentos en los que Jose y sus amigos se internaban en los senderos de esta vega para observar flores, insectos, nidos de aves, lagartos y liebres. También visitaban plantaciones de maíz, patatas y árboles frutales que había por la zona y que ofrecían exquisitos manjares con solo alargar un brazo. Salir al campo era toda una aventura y un torrente de agua fresca que calmaba su desbordada sed de conocimientos.

El perfil urbano del barrio era bastante monótono. Dominaban los bloques de pisos de tres o cuatro plantas, construidos al amparo del Sindicato Vertical franquista, junto a casas unifamiliares que disponían de un pequeño jardín interior. A partir de los años 70 se inició la construcción de bloques de pisos de hasta diez niveles y la barriada se vertebró entre dos carreteras de salida de la ciudad y una calle que las unía en sentido transversal. Esta era la calle Sagrada Familia y en ella se situaba la iglesia, la parada del autobús urbano y el cine, junto a distintos comercios, bares y centros educativos. Las calles que partían desde la principal hacia otras zonas del barrio aún no estaban asfaltadas en 1975 y en cuanto llovía, el barro, los charcos y los baches eran habituales.

Jose vivía en la tercera planta de uno de aquellos bloques de pisos sindicales, situado al pie de la carretera de Córdoba. La dirección postal del domicilio fue cambiando durante la Transición, a la par que evolucionaba España. Al principio era «Carretera de Pinos Puente, 7», al ser ese el primer pueblo importante al que se accedía desde allí. Luego, ese tramo se convirtió en autovía y la dirección postal cambió: «Autopista de Badajoz, 77». Lo de autopista quedaba muy moderno, pero lo de «Badajoz» pocos habitantes del barrio sabían su significado, teniéndose en cuenta que la ciudad extremeña se halla a casi quinientos kilómetros de Granada. A menudo se bromeaba con el asunto diciendo que, ya puestos, pudieron denominarla «Autopista de

Lisboa», en un alarde de audacia y sofisticación. Con el paso de los años se supo que el nombre aludía a la carretera nacional N-432, que comienza en Granada y acaba en Badajoz, pero tal información no era fácil de obtener en aquel momento. Por último, y a partir de los años 80, la dirección cambió a «Avenida de Andalucía, 77» en una exaltación del sentimiento regionalista imperante en esa década.

El piso era pequeño, unos sesenta metros cuadrados, aunque disponía de recibidor, salón, tres dormitorios, cocina, terraza y un escueto baño. Este diseño estaba pensado para albergar a la típica familia española de la época, compuesta por mamá, papá y entre dos y cuatro retoños, sin descartar alguna abuela o abuelo. No obstante, esa norma era muy general puesto que no era raro ver a familias con cinco o seis vástagos habitando en tales espacios. En uno de ellos vivía una familia con dieciocho descendientes. El padre era tratante de burros y recibió el premio nacional de natalidad, consistente en cinco mil pesetas. Todo un pellizco para la época.

Muchos de estos bloques de viviendas mostraban un patio comunitario en su interior, a modo de corrala, en el que las madres colocaban macetas y criaban gallinas, conejos o gatos. Incluso se instalaban pequeños huertos que ayudaban a las limitadas economías familiares. Esos espacios cumplían una importante función social y eran puntos de encuentro entre vecinos, sobre todo durante las cálidas noches de verano. Las corralas eran otro de los enclaves favoritos para la chiquillería, pues en ellas se inventaban y ejecutaban decenas de juegos, algunos muy comunes, como las bolas y el trompo, y otros más sofisticados, como la fabricación artesanal de patinetes.

Por aquel entonces, esos edificios constituían una frontera urbana y no había construcción que impidiese disfrutar de panorámicas a decenas de kilómetros de distancia, que abarcaban incluso hasta los relieves de Sierra Nevada. El entorno del que podía disfrutar Jose desde su casa era tan variado, que a menudo pasaba las horas muertas escudriñando los detalles del paisaje y los numerosos pueblecitos y cortijos que divisaba desde la ventana de su dormitorio.

La familia

Jose pertenecía a una de aquellas familias promedio en la España de 1975, situada en la zona más alta de la campana de Gauss si atendemos a su estatus y composición. Manuel, su padre, era el mayor de tres hermanos y no pasó de los estudios primarios. Más de una vez confesó que estudiar le aburría sobremanera. En 1940, a los dieciséis años, comenzó a trabajar como empleado de Telégrafos, institución pública segregada de Correos hasta el año 1985, repartiendo telegramas a domicilio en bicicleta, vehículo que con el tiempo fue sustituido por una Vespa de setenta y cinco centímetros cúbicos. Su sueldo mensual durante los años anteriores a la democracia estaba en la media nacional de unas doce mil pesetas, aunque era frecuente que llegase a casa con las propinas de aquellos a los que entregaba los telegramas. De no contar con ese extra apenas se hubiese llegado a fin de mes. Al final de su vida laboral logró el grado de oficial de Correos tras realizar un curso en Sevilla. Después de cuarenta y nueve años de servicio se jubiló en 1989 al cumplir sesenta y cinco primaveras. En 2004 falleció en su querida Granada natal, pocos días antes de celebrar su ochenta cumpleaños.

Manuel recordaba a uno de esos personajes secundarios tan habituales en las películas españolas de la época. Vestía para su trabajo un uniforme gris de estética militar, propio de muchos empleados públicos, y traje de chaqueta cuando acudía con la familia los fines de semana a *Graná* para merendar o hacer acopio de lo que no había en el barrio. Algunas de aquellas compras eran telas y prendas de vestir, adquiridas en un vetusto establecimiento de la calle Tinajilla, situada muy cerca de la Gran Vía. La tienda se hallaba repleta de rollos de tela apilados en viejas estanterías de madera oscura que ocupaban casi todo el interior del local y producían un aroma particular y embriagador. También se aprovechaba para comprar en una tienda de ultramarinos, situada no lejos de la anterior, en la que Manuel tenía cuenta. Aquella abacería suministraba todo lo necesario para el consumo familiar, incluyendo legumbres, conservas, jabón, aceite y algún capricho, como una tableta de chocolate.

Por entonces no existían alimentos precocinados ni envases de comida preparada, listos para servir tras un minuto en el microondas. Todos eran

alimentos en estado natural, que las madres se encargaban de preparar y cocinar con esmero. Ofrecer una simple tortilla de patatas suponía más de una hora de trabajo. Ya no hablamos de guisar unas croquetas o un estofado. Sin embargo, lo que más llamaba la atención en relación con los tiempos actuales era la escasez de envoltorios, envases y etiquetados que hoy rodean hasta la saciedad cualquier alimento. Cuando la madre enviaba a comprar a Jose siempre llevaba un cesto, botellas vacías de leche o de cerveza —por supuesto, de cristal— e incluso tarros vacíos. En tales objetos se depositaba el pan, las patatas, los tomates, el cuarto kilo de mortadela, el café o la media docena de huevos. En cuanto a las botellas de cristal, eran canjeadas por otras similares rellenas del líquido correspondiente. El reciclaje no existía. Todo se reutilizaba.

El horario de trabajo de Manuel era de diez horas, de modo que volvía a casa para comer, tras el turno de mañana, y volvía para el de la tarde, lo que implicaba su ausencia en casa durante la mayor parte del día. A veces, siendo niño, Jose lo esperaba a su regreso en la parada del autobús, cerca de las ocho de la tarde, para acompañarlo a casa. En sus ratos libres leía los diarios locales Ideal y Patria y disfrutaba de la televisión, una Inter —por supuesto, en blanco y negro—, en alguno de las dos únicos canales que había entonces. Llamaba la atención comprobar que las primeras páginas leídas en los diarios eran las dedicadas a las esquelas mortuorias, que repasaba con atención en busca de algún conocido. Cuando a veces el nombre o apellidos del difunto coincidían con los suyos, exclamaba con vehemencia: «Mirad, ya me ha tocado la aproximación». En aquellos años, todo lo relacionado con la muerte, los velatorios y los duelos era asunto de gran importancia social. En cuanto reconocía a algún fallecido mostraba la noticia a su esposa, que le recriminaba su tendencia lúgubre, incluso morbosa. Una vez enterado de la hora y el lugar del sepelio, tal y como figuraba en la esquela, se enfundaba su traje oscuro y acudía sin dilación a tan doloroso evento. Además de su afición por los óbitos, Manuel era poseedor de varias habilidades artísticas, entre las que destacaban la música y los primorosos dibujos a lápiz y plumilla que hacía de la Alhambra y otros paisajes urbanos de Granada. En relación con la música, de joven perteneció a una rondalla y aprendió a tocar la bandurria, instrumento al que dedicaba frecuentes ensayos punteando canciones de su época.

Como casi todos los hombres de su generación, también fue un gran aficionado al fútbol, siguiendo con pasión a sus dos equipos de referencia: el Real Madrid y un Granada C.F. que a comienzos de los años 70 militaba con éxito en Primera División. Durante las temporadas 1971-72 y 1973-74 quedó clasificado en sexto lugar. Aquello supuso para la ciudad todo un

revulsivo. El antiguo estadio de Los Cármenes, situado cerca de la Plaza de Toros, se convertía cada domingo de partido en un hervidero de aficionados, entre los que se encontraba él, llegando a ser socio del club en aquellos años de gloria. Cualquier equipo temía y respetaba a un Granada con fama de tener una de las defensas más correosas e impenetrables de la competición. Jugadores como Aguirre Suárez, Fernández, Porta, Castellanos o Montero Castillo catapultaron al equipo al sobrenombre de «matagigantes» por las victorias frente a equipos sobre el papel muy superiores, como el Real Madrid y el Barcelona. Dentro de aquel fervor granadinista, el 21 de junio de 1959 asistió con algunos compañeros de trabajo a la final de la Copa del Generalísimo en el Estadio Santiago Bernabéu de Madrid. Allí, el Barcelona y el Granada se jugaron el trofeo. El resultado final, cuatro goles a uno a favor de los catalanes, no anuló su admiración por su equipo.

El servicio militar lo realizó en la base aérea de Armilla, situada a unos cinco kilómetros de la capital. A veces contaba cómo, tras largos meses de servicios y guardias —en aquella época la mili duraba dos años—, le solicitó a un oficial el favor de volar en algunos de aquellos aviones de instrucción con asiento biplaza, escarapela bicolor y distintivo cruzado de cola. Mucho tuvo que insistir hasta que una mañana vio cumplido su sueño, volando en un T-6 Texan desde la base aérea hasta la costa. Aquella experiencia de apenas una hora lo dejó fascinado para el resto de su vida. De hecho, declaraba que uno de sus deseos más fervientes era ver convertido en aviador a alguno de sus hijos. También tuvo como gran afición las motos, desde que sustituyeron en Telégrafos a las bicicletas como herramienta de trabajo. En un par de ocasiones paseó a Jose en su Vespa reglamentaria, con la bandera de España pintada a lo largo de la defensa frontal, sentándolo delante de él. La sensación de libertad y el viento en la cara a lomos de esa moto caló tanto a nuestro protagonista que, con los años, el motociclismo sería una de sus aficiones preferidas.

Julián, el abuelo paterno, persona recta y circunspecta, falleció cuando Jose contaba ocho años. De su fugaz recuerdo atesora la imagen de un hombre de aspecto impoluto y envuelto en un traje de chaqueta a medida. Nació en la localidad costera de Salobreña y vivió en el barrio del Realejo, situado muy cerca del centro. Desde joven trabajó como conserje en la central de Correos de Granada, sita en Puerta Real. Además de su empleo actuaba de prestamista, actividad bastante común durante los años de la posguerra. Estos quehaceres y su simpatía por el régimen de Franco le hicieron llevar a él y a toda su familia una vida más o menos holgada. Fruto de sus contactos pudo colocar a Manuel en Telégrafos desde joven. El padre de Julián estuvo

destinado como militar en Filipinas a finales del siglo XIX, sofocando la sublevación indígena de 1896 como parte de los catorce mil soldados españoles destinados en la colonia asiática.

Amparo, la abuela paterna, oriunda del municipio de Pinos Puente, distante a unos veinte kilómetros de Granada, no llegó a conocerla a causa de su muerte prematura. Como casi todas las mujeres de su época, se dedicó en cuerpo y alma a cuidar y atender a su marido, sus hijos y su casa. Los tíos paternos eran dos. A la tía Amparo tampoco llegó a conocerla, puesto que murió siendo muy joven de tuberculosis. El tío Julián, hermano menor de Manuel, era un alto cargo en el Montepío de Granada. Durante la época franquista obtuvo la medalla de oro al trabajo como funcionario y ostentaba por ello el tratamiento de Ilustrísimo Señor, teniendo a su disposición un enorme despacho con secretaria personal. Acabó sus estudios universitarios de Graduado Social, hecho que le confirió un envidiable estatus y el disfrute de una vida saneada, incluyendo la posesión de lujos al alcance de pocas familias en esos años, tales como un buen coche y un chalé en la localidad costera de Almuñécar. Tuvo un hijo y una hija —primos paternos de Jose—, que eran todo un referente en cuanto a modo de vida y posesiones materiales. Al igual que Manuel, perteneció a una rondalla juvenil en la que ejecutaba canciones con la bandurria. A menudo aprovechaba esta afición para organizar en su casa de la costa espléndidos saraos en los que solía disfrazarse de mexicano y donde era habitual ver a personajes de la alta sociedad granadina.

Aquellas fiestas, al más puro estilo años 70, incluían actuaciones musicales en directo y variopintas transgresiones de todo tipo. En una de ellas, el tío Julián, tras largas horas de cánticos, copas y chascarrillos, y bajo un notorio índice de alcoholemia, propuso a sus amigos ir a la orilla del mar para jugar una partida de cartas a eso de la medianoche. Trasladaron desde el chalé una mesa, sillas, bebidas, un candil y, por supuesto, la baraja. Montaron la timba y mientras sus mujeres y otros invitados se divertían con la escena, una ola enorme arrasó el tinglado, acabando todos tirados en la arena y empapados de agua.

En otro de aquellos lances, Julián y sus amigos decidieron ir en varios coches hasta el centro de Almuñécar a comprar vino para la fiesta de esa noche. La carretera en aquel entonces era una sucesión continua de curvas a lo largo de los diez kilómetros que los separaban de su objetivo. De modo espontáneo, comenzaron una frenética carrera entre los distintos automóviles, uno de los cuales era un Simca 1200 y otro el Renault 8 de Julián. Las ruedas chirriaban a cada curva y los adelantamientos y bloqueos eran más propios de una persecución policial. Tal y como decía la madre de Jose: «El tío Julián

es un encanto de simpatía y relaciones públicas en Almuñécar y un hosco y distante personaje cuando está en Granada». Falleció en octubre de 1986 de una severa enfermedad a la edad de cincuenta y ocho años.

Otro entrañable personaje perteneciente a la familia paterna era Florencio, primo de Manuel, que residía en Atarfe, localidad situada a pocos kilómetros de Granada. Trabajaba como albañil y vivía en una casa del pueblo en la que se daba cita anualmente toda la familia para participar en la matanza de un cerdo, pocas semanas antes de Navidad. La matanza duraba varios días y Jose la disfrutaba bajo un sentimiento a caballo entre la curiosidad más aterradora y la fascinación de poder compartir aquellas jornadas con más de veinte miembros de la familia, muchos de los cuales sólo veía durante aquellos eventos.

Lo primero era conducir al cerdo hasta el patio de la casa. Allí lo aturdían mediante una fuerte descarga eléctrica. Luego, se colocaba al animal sobre una mesa de mármol y un matarife le rajaba el cuello hasta que moría. La sangre que brotaba era recogida en barreños para elaborar morcillas, mientras varias mujeres se encargaban de removerla para evitar que coagulase. En el paso siguiente, el cerdo se abría en canal para extraerle sus vísceras y se le pasaba paja ardiendo por la piel para eliminar el vello. Después, se colgaba de una viga durante toda la noche para que airease. Como detalle curioso, le insertaban en la piel dos cables conectados a la red eléctrica para evitar que los gatos y otros animales carnívoros diesen buena cuenta del cadáver.

Una vez completada la matanza, las mujeres se encargaban, junto a la chimenea de la cocina, de elaborar los embutidos y otros derivados del marrano. Mientras tanto, los hombres se dedicaban a tomar chatos de vino, charlar y fumar, tanto en la casa como en los bares del pueblo, a los que acudían en coches a modo de banda mafiosa. En esa época Jose contaba con ocho o nueve años, muy joven para ir a los bares con los hombres, pero algo mayor para acompañar a las mujeres. Por ello, lo dejaban a su libre albedrío. A veces visitaba a su madre y a sus tías en la cocina, de donde conserva en la memoria sensorial el intenso olor de la sangre, la carne y las especias que usaban para preparar los embutidos. En otros momentos se escapaba hasta las tabernas del pueblo para ver a su padre, sus tíos y sus primos mayores que andaban en animada conversación, mientras tomaban vinos acodados en la barra. Con un poco de suerte conseguía que lo invitasen a una Fanta y le diesen unas monedas para jugar una partida en la máquina de pinball. Al día siguiente de la matanza era el momento de separar los jamones, las paletillas y el lomo del cerdo para colgarlos en el secadero. Una vez finalizado el proceso se organizaba un almuerzo para toda la familia que se extendía hasta

bien entrada la noche. Más de uno terminaba durmiendo en cualquier lugar a causa de los efectos del vino y los aguardientes que regaban la sobremesa.

Ana, la madre de Jose, como tantas mujeres de la época, era ama de casa. Desde niña fue una persona de gran belleza y fuerte personalidad. Durante su adolescencia fue considerada una de las chicas más atractivas del barrio en el que residía con su familia. Sus expresivos ojos de color verde mar, su pelo castaño claro y su luminosa tez albar le conferían un aspecto de mujer nórdica. Sin duda era inteligente y culta, pese a no acabar su formación académica a causa de la Guerra Civil. Hasta ese momento estudiaba en el Colegio de los Huérfanos de los Ferroviarios, institución educativa dirigida a los hijos de los empleados del ferrocarril. Ese edificio no existe en la actualidad, aunque, según relato de Ana, era una maravilla arquitectónica que le recordaba mucho a la Alhambra. Disponía de dos plantas y dos torreones, y en su interior se hallaba un patio rodeado de columnas donde disfrutaba de los recreos entre macetas y una bella fuente. De esa época conservaba una foto sentada en la mesa del maestro, junto a un globo terráqueo y un libro de geografía. Estaba ataviada con un babero de rayas, constitutivo del uniforme escolar, y lucía un moderno corte de pelo al estilo *Bob* que resaltaba su belleza y atractivo. Esas fotos eran comunes entonces y se mantuvieron hasta principios de los años 70, pues a Jose y a sus hermanos les hicieron unas parecidas, atendiendo una llamada telefónica en uno de aquellos negros y pesados teléfonos de baquelita. El Colegio de los Ferroviarios sufrió los bombardeos aéreos sobre Granada durante la Guerra Civil y finalmente fue derribado, como tantos edificios históricos, para construir bloques de viviendas. Al abandonar el colegio tan joven quedó frustrada su intención de estudiar Enfermería o Medicina. A pesar de ello, Ana fue una persona autodidacta. Leía todo lo posible y ello le confirió un nivel cultural superior al que disfrutaban muchas mujeres de su época, así como una mentalidad ecléctica y liberal. Le gustaban los niños, los animales, las plantas, el mar y, en general, todos los fenómenos de la naturaleza.

Iniciada la Guerra Civil, y debido a la miseria que impregnaba a su familia tras el encarcelamiento de su padre, se vio en la acuciante necesidad de trabajar. Primero en un horno y después en una fábrica textil en la que desarrolló su actividad hasta que se casó con Manuel. En aquella fábrica manejaba la máquina de tejer jerséis, y lo hacía con tal maestría que el dueño del taller, de origen catalán, la tenía en un altar. En sus últimos meses como empleada adiestró a otras jóvenes en el manejo de dicha máquina y su sueldo doblaba al de su novio. Cuando ella le comunicó al jefe que dejaba el trabajo a causa de la boda, casi le da un ataque. Intentó convencerla por todos los

medios para que desistiese de su idea. También le propuso aumentarle el sueldo, reducir su horario laboral, hacerla oficiala del taller…, pero nada de eso sirvió. El modelo social de la época era demasiado riguroso al respecto. Una esposa no debía trabajar y menos aún ganar más que su marido. El asunto era recordado a menudo por Ana. Medio en broma, medio en serio, confesaba que don Ramón, su jefe, tenía un hijo que andaba enamorado de ella, relación que el dueño del taller aprobaba sin fisuras, y que cuando contaba este asunto a su novio, lo sacaba de quicio en franco ataque de celos. En todo caso, está claro que, de haber continuado en ese empleo, Ana hubiese escalado un envidiable estatus social. Murió en 2009 a la edad de ochenta y cuatro años: cuatro años y ocho meses después de fallecer Manuel. Juntos mantuvieron una relación de pareja de casi sesenta y cinco años.

Durante la guerra y en años posteriores, Ana se desplazaba a diario hasta el barrio del Realejo para trabajar en un horno. El trayecto era cubierto en tranvía si había dinero para el billete o a pie si no lo hubiere. Mientras tanto, un chico de trece años —Manuel— que vivía cerca del horno, pronto reparó en la gran belleza y simpatía de la joven. En aquella época todo el mundo se conocía en Granada y poco le costó saber quién era, donde vivía y cuál era su familia, tras sentir la llamada de Cupido. Las redes sociales actuaban en modo analógico, pero con resultados tan efectivos o más que las digitales. Comenzó a rondar por el barrio de Ana hasta que pudo entablar conversación con ella y cortejarla. Por supuesto, tras bastantes meses de acecho. Para alcanzar tal objetivo hizo gala de sus habilidades musicales, acudiendo con la rondalla a la que pertenecía y dedicándole canciones a la bella joven al más puro estilo de las tunas estudiantiles. La relación se afianzó, disfrutando de momentos de ocio junto a sus amistades. Se reunían en meriendas y verbenas realizadas en los patios de vecinos de la pandilla y realizaban excursiones de campo. En ellas cocinaban ricas viandas usando toda la cacharrería necesaria y una caja repleta de platos de loza y vasos de cristal. Parece ser que, al regreso de una excursión, una de las parejas de novios discutió de modo airado. Al orate, en pleno enfado, no se le ocurrió otra cosa que estrellar la caja del menaje contra el suelo, destrozando la vajilla ante el estupor de todo aquel que pasaba por allí y el desconsolado llanto de su pareja.

Pasó el tiempo, y tras años de noviazgo, tal y como era costumbre en la España de la dictadura, contrajeron matrimonio el 12 de marzo de 1950 en la iglesia de Santa Ana, sita en Plaza Nueva de Granada, a la edad de veinticinco años, en el caso de Manuel, y uno más en el de Ana. Eran por tanto bastante mayores para casarse en aquella época. De inmediato, se trasladaron a vivir al nuevo barrio de la Chana, lugar en el que obtuvieron un

piso en ventajosas condiciones hipotecarias, gracias al trabajo de Manuel en Telégrafos. Durante los dos años que transcurrieron sin tener hijos —una anomalía por aquel entonces— se dedicaron a llevar una vida de lo más relajada y a comer en abundancia. Tanto fue así que Ana engordó bastante, perdiendo la figura de *top model* que había lucido hasta entonces. Cocinaba exquisitos potajes, bizcochos y unas ensaladillas rusas antológicas que acompañaban con un litro de cerveza Alhambra. Tras esa idílica y culinaria etapa nacieron sus hijos: Julián en 1952, María en 1955 y Jose en 1962, todos en Granada.

El nacimiento de Jose fue de lo más rocambolesco: el lunes 22 de octubre de aquel año Ana se puso de parto de madrugada y tras buscar un taxi se dirigieron al hospital Ruiz de Alda, que estaba dotado de un servicio de maternidad. Al llegar, no había camas disponibles en ese momento —cosas del *baby boom* de los años 60—, por lo que fue derivada a otro centro de salud. Seguía sin haber camas libres en aquel ni en otros hospitales a los que acudieron, hasta que rompió la bolsa amniótica en el interior del coche. De modo providencial, y ante la desesperación del taxista, consiguió ser atendida *in extremis* en el antiguo Hospital 18 de Julio, también llamado Hospital de los Toreros, que estaba situado en la calle Moral de la Magdalena, en pleno centro de Granada. Allí, y al amparo de unas monjas, nació poco antes de las nueve de la mañana. Ana siempre refería ese momento con guasa, puesto que, recién nacido, una de las hermanas exclamó en tono irónico: «¡No se nota que es un niño!», en referencia a los atributos masculinos del bebé. A las pocas horas del parto, la feliz mamá ya estaba de vuelta en su piso preparando el almuerzo.

Ana era la mayor de cuatro hermanos y durante toda su juventud vivió en el barrio de San Lázaro, enclave que estaba situado junto a la actual Avenida de la Constitución, similar a un pequeño pueblecito en el interior de Granada. Se componía de modestas casas que formaban un entramado de estrechas, frías y húmedas callejuelas empedradas. José, el padre de Ana y abuelo materno de Jose, nació en Marbella en 1899. Era el mayor de cinco hermanos y a los once años de edad murió su padre de pulmonía; éste regentaba una fábrica artesanal de tejas y ladrillos en el centro histórico del pueblo. Esa tragedia supuso para José la necesidad de trabajar desde muy joven para sacar adelante a su familia, que hasta entonces vivía sin estrecheces. La Marbella de comienzos del siglo XX poco tenía que ver con la actual. La miseria y la hambruna constituían escenarios habituales. Muchos días, el único alimento disponible para toda la familia era un boniato y un par de sardinas asadas.